
A Thomas Tallis

Andrés Sánchez Robayna

I

Otra vez esas voces, ese cántico,
claro y oscuro a un tiempo. ¿Cómo,
sin extraviarse, pueden regresar
las voces a su centro, a la alegría

ilimitada? Lo que escucho, de nuevo,
es el *Spem in altum*,
un canto alzado hasta la transparencia
de la voz, como si el solo hálito

contuviera el fervor de las criaturas,
como si ya las voces se entregaran
a su solo fluir, y pronunciasen
cielo y tierra, fundidos en la sonoridad.

Sabes, pues, que la música puede
llevarte, como herida irrestañable,
hasta la ola de lo perpetuo, hasta el centro
de ti mismo y del mundo, ya fundidos.

Y como heridos quedan los mundos impalpables,
la ola sobre el cielo, que desciende
hasta la tierra, desde donde se alza
la música de nuevo, inextinguible.

II

¿Puede extinguirse, acaso, el eco
de estas voces? ¿Podría
extinguirse el origen de toda claridad,
de donde toda luz procede? Cuando

la grabación acaba, todavía resuena
la ola sin estruendo, y nos parece
oír el silencio de otro modo, un silencio
más profundo en el cuarto casi a oscuras,

las olas del origen sobre el mundo.
Sólo entonces, callado, sé decir:
Gracias, voces palpables, indecibles
voces celestes, gracias, Thomas Tallis.